

El Grano de Arena



Periódico bisemanal consagrado al Corazón de Jesús

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

ADMINISTRACION: PLAZA DEL PRINCIPE, 11

PRECIO DE ABONO: 0'50 PESETAS AL MES

APOSTOLADO DE LA ORACION

Noviembre

La conversión de la China

ORACION POR LA INTENCION DE ESTE MES

¡Oh Jesús mío! por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen y por las demás intenciones de nuestro Sagrado Corazón. Os la ofrezco en particular para que se convierta plenamente al catolicismo la China.

Resolución apostólica

Favorecer con limosnas, objetos y oraciones a las misiones de China.

Recomendaciones especiales para este centro local de Mahón:

- 1.ª La devoción a las santas ánimas del Purgatorio.
- 2.ª La aplicación de sufragios en vida.
- 3.ª Los testamentos cristianos.

Conversiones, 9. — Enfermos, 23. — Atribulados, 15. — Familias, 11. — Matrimonios, 12. — Bautizos, 9. — Asuntos importantes, 14. — Obras de celo, 9. — Gracias espirituales, 22. — Gracias temporales, 19. — Vocaciones, 7. — Intenciones particulares, 33. — Acciones de gracias, 24. — Jóvenes, 18.

Santos patronos de mes y días en que los celadores pueden ganar indulgencia plenaria.

Día 11. — San Martín, Obispo de Tours. — Día 17. — Santa Isabel, viuda, Reina de Hungría.

Se recomienda a los miembros del Apostolado la aplicación de sufragios por el alma de los socios recientemente fallecidos: Doña Eulalia Gónzales Andreu, doña Catalina de Olives Martorell, celadora, y doña Magdalena Riudavets Hernández.

A. M. D. G.



Prepara... cocido y carne...

Y animándose la discusión, que todos los viejos ajenos, Pernod, Terminus y otros, remontaban hasta el rojo de fuego en la cara, Boulard llegó a no repetir más que la misma frase, que acompañaba de rudos puñetazos en su muslo:

— ¡Si! Los frailes no son sino unos perezosos!

— ¡Bueno, hablaremos claro! — exclamó el cura, al que Boulard pinchaba hacia una hora. — Los frailes son unos perezosos. ¡Concedido! Solo que yo le apostaría a usted, Mr. Boulard, a que usted no soportaría ocho días seguidos la vida que ellos llevan todo el año. — Entiéndalo bien, — ¡Y le desafío a que lo desmienta en nombre de los frailes! — Boulard, que no aguardaba la andanada, se puso a deshacer su sillón de pelote con aire ansioso:

— ¡También son sendeces las que usted me propone!

— ¿Sendeces?... ¡En modo alguno! — replica el sacerdote, cuya voz tiembla nerviosamente. — Todo el tiempo que llevamos en este salón habría usted podido o debido hablar de otra cosa, y, sin embargo, se ha encarnizado en ridiculizar a los que no es tan presentes para poder defenderse...

— ¡Yo levanto el guante por ellos, y delante de sus amigos de usted, delante de esas damas, que sabrán cómo han de juzgarle de no aceptar mi reto, por última vez le desafío!

— ¡Bueno! — dijo Boulard. — ¡Pues... acepto!

— ¡Entonces se marchará usted dentro de tres días?

— Dentro de tres días...

Y con el gesto espontáneo del que consiente en una amputación arroja su colilla de cigarro dentro de la chimenea.

Estalla entonces en el salón, en voz baja, una explosión de comentarios, de reflexiones cuchicheadas detrás de las tazas de té, de carcajadas sofocadas, y sobre todo ello resuena el clarín indignado de madame Boulard:

— Dime, Ernesto, ¿te has vuelto loco?

— ¿Loco?... — tartamudeó Boulard, estrechado por todas partes. — ¡Has de saber!

— ¡Loco, sí!... ¿Y tu reuma?

— ¡Mi reuma es mi reuma, y las apuestas son las apuestas!

Y Boulard vuelve a hundirse en su sillón, digno, con las manos cruzadas sobre su vientre, que parece ya inquieto de antemano.



Diciembre.

El campo y la montaña están cribados por una llovizna helada que el viento agita con furia, desparramándola por todas partes. Las ramas secas de los árboles, sacudidas en la niebla matutina, parecen gritar bajo el cielo negro la queja inanimada y lamentable de las cosas.

En plena corriente de aire, que lo barre todo, a la puerta del monasterio, patalea un buen hombre gordiflón y barrigudo, con una gran maleta en la mano, y el que parece literalmente helado dentro de su espeso mac ferlán de triple cuello.

Ante él se yergue un fraile de alta estatura, con la cabeza rapada y los pies desnudos.

El religioso escucha sin acabar de entender.

de gavotas perdidas en la inmensidad. minutos que abajo, la tierra se mueve en gran su... Y de... humanos vestidos de trajes de religiosos. Van a la... a la... que no recoge conmigo... desparrama... San Lucas cap. X.

— ¿Según eso no viene usted a hacer ejercicios?

— No... Por lo demás, sé que que el Padre superior ha vuelto... ¡Si le fuera a usted lo mismo que habláramos dentro!

— ¡Dentro de la Trapa no se habla nunca!... Todo lo más podemos entrar en el laboratorio de extraños...

— ¿Está caliente?

— ¡Siempre! Permitame que le ayude a llevar su equipaje...

Y el monje levantando la pesada maleta, precede a Boulard, que se sacude como un perro mojado, bajo sus paraguas puesto de través.

— ¡Vaya un tiempo de perros!

— ¡Bah!

— ¿Y llueve aquí a menudo de esta manera?

— Ocho meses al año...

— ¡Diablo!

— ¿Eh?

Una escalera de madera, ancha y sonora.

Galerías largas... largas... frías... hasta hacer castañetear los dientes.

Una celda desnuda, glacial, perdida en una de las galerías...

Allí es.

Boulard se desploma sobre un taburete de pino, el único de la estancia, y con las dos manos en los bolsillos, sin una palabra, sin un pensamiento, como un plomo, permanece inmóvil en medio del gran silencio de todo.

Es curioso lo que sucede. No se asquea, como habría supuesto cinco minutos antes; no husea, con un juramento, su petaca, o su botellita de Kirsch, que le ha sido forzosamente dejar en manos del Hermano portero.

Por el contrario, en la celda helada, de muros encalados, siente posarse en él una apacibilidad singular: los resortes de su ser entero parecen aflojarse como después de la tormenta cuelgan en las bergas de las naves las velas agitadas por la ira de los vientos, y si le hubiere sido posible ver su alma, habría hallado en ella, lo creía así, algo de esa impresión de reposo que cae al fin sobre la faz de los cadáveres, sacudidos por los desgarramientos de la agonía.

¡Oh! la calma desconocida del convento!

A través de los cristales verdosos de la ventana distingúense las nubes grises que pasan por lo alto como un vuelo silencioso

de gaviotas perdidas en la inmensidad, mientras que abajo, la llanura duerme su gran sueño bajo la niebla, callada también.

Y he aquí que de esa niebla surgen seres humanos vestidos de trajes de religioso. Van a la desfilada, llevando a cuestras los rudos instrumentos de trabajo del campo... Los hay jóvenes... los hay viejos... Vienen de allá abajo de los prados helados, y de los bosques sacudidos por los vientos del Norte, de los pantanos fangosos, que ellos secan a la sazón y de los que se dirá algún día: «¡Qué praderas tan soberbias! Esos bribones de frailes se les arreglan siempre para atrapar la mejor tajada... ¡Holgazanes!»

Las once de la noche. Boulard ha comido atrocemente... Sopa de ajo, legumbres sin sal, nada de vino... ¡Un cuarto de hora a la mesa, y sin hablar!

¿Dónde estáis, perdidos con coles de Mme. Boulard? ¿Viejo tintillo del 42? ¿Timbal, salta de cangrejos, filetas de lenguado?

Todo ello hierve en la mente de Boulard durante su sueño, sueño pesado, agitado, henchido de pesadillas que le hacen retorcerse sobre la tabla crujiente de pino, donde debe acostarse vestido...

Sueña que su estómago se levanta ante él, cruzado de brazos (los brazos del estómago: ¡pobre Boulard!), diciéndole:

— ¿Va a durar mucho tiempo esta broma? Ya estoy ya harto de las cebollas de esos frailes y si me exasperas, ¿entiendes?... preventivo... te envío una de esas jaquecas que te hagan saltar las venas de la cabeza. Y el estómago gira unos ojos grises, feroces...

Entonces Boulard suplica:

— ¡Quizá mañana haya pescado!... Sólo para los enfermos, con aceite y gracias.

— ¿...? Y si me me atasas de aceite, entonces se acabaron las consideraciones, te ahogo...

Y el estómago se afloja como un bolsillo enorme sobre Boulard, reventado, sudando, con la boca abierta.

En el momento en que la visión se desvanece y su respiración se hace regular un ruido de puertas que se abren y se cierran... El ruido se aproxima, se precisa. La celda de Boulard se llena súbitamente de un resplandor, en medio del cual se adelanta una forma blanca.

«Benedicamus Domino» ¿Qué? ¿Qué es eso? Socorro!

En la media noche, ¡Levántese para matines!

Y el desquiciamiento absoluto.

Con la cabeza cansada, la boca espasmosa, los brazos colgando, Boulard se sienta en el ángulo de la tabla que le sirve de lecho, y la perspectiva de la jornada se desarrolla lúgubre ante sus ojos.

Después de matines, la vuelta a la celda

glacial; luego la oración, la misa, el trabajo en los campos bajo la brisa fría, frecuentemente con los pies hundidos en el agua; el regreso silencioso, desgranando el rosario; el almuerzo, atroz de sobriedad, sin carne y sin vino; las largas vigiliias dedicadas al estudio, ávidas, sobre los problemas más graves... ¡Berr!... ¡Todo ese arrastramiento, ese desdén del sufrimiento humano!...

Al día siguiente, el coche de camino del monasterio doblaba el cerro llevando una ruina de viajero, envuelto en un macferlán de triple cuello y con una maleta entre las piernas.

Hubiérase creído que aquel hombre venía de hacer una campaña de dos años en cualquier horrible y mala colonia; a tal punto sus facciones se mostraban alargadas, su rostro flácido, sus ojos hundidos.

En lo hondo del camino, orillado de juncos espinosos, Boulard se volvió. El claustro, enhiesto allá en lo alto, en la montaña encapuchada de brumas, parecía sonreír gravemente mirando huir al pobre diablo, tras de sus diecisiete horas de probatura.

¿Entendió su lenguaje, o una voz más grave le habló al corazón? El hecho es que al pasar ante Carros se detuvo y mandó el siguiente telegrama:

«Madame Boulard, — 217, Avenue Diderot, — Paris. Vuelvo molido. Prepárame cocido y carne... Muéleme cama de plumas. No son los frailes los holgazanes, lo soy yo... Ernesto.»

PIEBRE L'ERMITTE

Menorca

El lunes entró en nuestro puerto el destroyer español «Gadarso»...

El domingo por la noche regresaron a Mahón los Exploradores que pasaron a Ciudadela para asistir a las fiestas centenarias del Paborde Dr. Martí.

Muy lucidas han estado en Ciudadela las fiestas celebradas en honor del sabio y virtuoso Dr. don Marcos Martí.

Se cumplieron todos los números del programa formado por los MM. II. Corporaciones Yunicipical y Capítular.

Asistieron también las Autoridades Superiores de la isla y Comisiones y numeroso gentío.

¡Muy bien por todos!

Hemos recibido el último número de la revista mariana «Monte Toro», correspondiente al fin de mes de octubre; su sumario es el siguiente:

Centenario del Paborde Martí: «El Paborde y el culto a la Virgen», por el M. I.

Dr. don Gabriel Vila, Lectoral. — A la Verge del Toro, en el centenario del Pavorde Martí» por M. — «En el centenario del Paborde Martí»; pensamiento por D. Juan Rosselló, Pbro. — Sección doctrinal: «Cartas a Juanito» por Luis S. M. — Miscelánea «La fiesta de S. Nicolás de Tolentino», «Visitas al Santuario Monte Torino». — Sección literaria: «Sor Fidencia» (continuación). Objetos que pueden obtenerse mediante la limosna de 10 céntimos de peseta.

El párroco de la iglesia de San Marcos, de Madrid, D. Paulino Corrales Díaz, ha depositado en la Caja de la Dirección general del Tesoro público y Ordenación de pagos del Estado un título de la Deuda perpetua interior, al 4 por 100 de la serie D, que le ha sido entregado por un penitente, bajo secreto de confesión y en calidad de restitución al Estado.

Después de pasados unos días en Mahón, salió el lunes para Barcelona don Santiago Rubió Tuduri, Director e Ingeniero Industrial del Funicular a Montserrat.

El vapor «Menorquina» continúa en Gijón y el «Isla de Menorca» en Sevilla.

Hoy ha tenido la Asociación de Señoras Obreras de San José misa de comunión general en la capilla del local de dicha Sociedad y Junta general de Reglamento.

Los Prelados reunidos en Toledo han pedido al Gobierno que el sueldo mínimo de los Párrocos sea de mil pesetas.

Ascensos en esta ciudad de los empleados de Correos:

- A oficial tercero don Matias Marino Garzón, administrador, y, a cuartos: don Martin Timoner Villalonga, Rafael Urbina Cheli, Antonio Lliteras Coll y Juan Menéndez Balle. Nuestra felicitación.

La junta de defensa y los funcionarios de Hacienda han puesto el veto a los señores Alba y Chapaprieta.

Ha causado deplorable efecto un artículo publicado por «Le Temps» de Paris sobre la petición de auxilio hecho por Italia a causa de las circunstancias actuales.

Dice «Le Temps» que ante todo es preciso que en Italia haya disciplina y que se exijan sacrificios a Italia, recordando que cuando la ofensiva alemana contra Verdun, Francia se dispuso a auxiliarse ella misma con arreglo al adagio que dice «ayúdate que Dios te ayudará».

Imp. de M. Sintes, plaza del Principe 11, Mahón